

Una ronda de tabernas del brazo de Carlos Illescas

Carlos Navarrete*

El haber tenido el privilegio de beber en más de una cantina con Carlos Illescas, me da pretexto para bosquejar estas notas, en la que hay recuerdos personales, conversaciones con él, y destellos de su inventiva. Una cosa es entrar impunemente a las cantinas y otra escribir del instante en que la duda frena el paso y la mano se retrae respetuosa ante las persianas, porque detrás podría aguardar Illescas, para quien sentarse en una mesa fue ejercicio de vida, como guatemalteco de nación. En las cantinas de este país se cruzan, como puñaladas, infancias y destinos. Tierra violenta, hubo quienes sobrevivieron a dictaduras y represiones sin salir de ellas.

De mi infancia ignoro nombres. Sus referencias se reducen al Simplicio, el caballo de mi abuelo, fiel acompañante a los estancos de la Costa Cuca. El viejo se tomaba sus cañitas y a él le servían sus palanganas de cerveza frente al mostrador, ante la algarabía de los parroquianos que apostaban a quién se embolaba primero. O la imagen flaca y alta de tío Tono, arrastrado por la correntada con todo y bestia al salir de La Vida Futura, una zarabanda en donde había aguardiente de olla.

Conservo de la adolescencia algunos nombres. Me entrené en El Portal del Pasaje Rubio, abrazado en un solo llanto a las patas de la marimba. En el Ticututicu de la Avenida Bolívar, pisando aserrín, saliva y pepitas chupadas de jocote verde, alguna vez saqué tímidamente un poemita para pedirle consejo a Huberto Alvarado en tiempos del grupo Saker-Ti. Toda la noche en Las Camelias, platicando de poetas españoles con Raúl Leiva y Pedro Mir, o el amanecer en La Noche Buena —octavo de “Ranchero” en ristre—, mal pasando un plato de tiras de panza, poco digestivas después de una riña a puñetazos con un camarada del partido que me increpó por leer a Sartre “ese decadente hijoe’puta”. El sexo

* Carlos Navarrete (Guatemala, 1931). Estudió Arqueología e Historia en México, donde obtuvo el doctorado en la UNAM. Ha realizado estudios en el área maya, principalmente en Chiapas y Guatemala. Sus trabajos han aparecido en revistas especializadas de varios países. Ha publicado, entre otros, *Los arrieros del agua y Ejercicios para definir espantos*.

puesto al día en El Canal de Panamá de la Adolfina; allí me envicié de la guanaca Blanca y me volví ladrón: le di “chalecazos” a mi abuelo cuando dormía la siesta y empeñé el Niño Dios de la familia, para llevarla a bailar a la Feria de Agosto.

A la Casa Colorada y La Continental veo entrar a Carlos Illescas una tarde de diciembre de 1950. Volvía de México junto con Augusto Monterroso y Otto Raúl González. Hicimos grupo con Raúl Leiva, Huberto, José Enrique Torres y un pianista finísimo, Manolo Herrarte. Tratando de poetas y embriagueces, Illescas habló de escalas, grados de borrachera y equilibrios, de Baudelaire y su “es preciso estar siempre borracho”... y por supuesto del “divino” Rubén y de la corte de vividores que bebían a sus costillas, leyéndole rimas que él no oía. “El derecho al trago”, dijo Illescas, “va de acuerdo al número de páginas bien escritas”. Un año después salió de nuevo Darío, en una mesa del Frankfurt, comiendo “mixtas” – salchichas, guacamol y repollo en tortilla–, y bebiendo cerveza de barril con Neruda y Delia del Carril, su esposa.

Querían estar con jóvenes, cansados de andar con políticos y funcionarios de gobierno de Arévalo, del que era invitado. Los acompañamos el poeta nicaragüense Alberto Ordóñez Argüello, Huberto Alvarado, los pintores Jacobo Rodríguez Padilla y Arturo Martínez, el pianista José Arévalo Guerra y yo, mudo, del pánico que me causaba. “Se escribe a pelo, en el caballo de la razón”, dijo Neruda, nada de que Darío escribió *La marcha triunfal* bajo efectos de la resaca; el caballo puede ser verde o azul, pero caballo real”. Y levantando el vaso: “linda la espuma, pero si se usa dos veces el mismo tarro se amarga la cerveza”. El consejo no siempre lo he podido seguir, es tal la sed y las urgencias del trópico, pero parte de mi vida es haberle escuchado decir el *Nuevo canto de amor a Estalingrado*, para agradecer los aplausos de la clientela que lo reconoció.

En México le conté la anécdota a Carlos. “Es cierto”, me dijo, “no podés repetir dos veces la misma fórmula, se amarga, o es peor: se vuelve toda espuma”. Desde entonces, al seguir los finos textos de Illescas, me percaté de que un motivo importante en su trasfondo poético es la cantina, término adecuado a las variantes de su diccionario personal: salón, bar, taberna; o de consecuencia plebleya: pulpería –años veinte–, o chichería –olor a fermento de maíz y cortezas indígenas–, sin olvidar las de expendio clandestino o “solapado”: comedor, lunchería, lunchenete –en anglicismo bajo–, tendajón, puesto, chinama. Buen lector de páginas rojas, los equivalentes en partes policiacos: tugurio, jurunero, piquera.

En las circunstancias del deber, la geografía saboreante del alcohol : chuchonrabria –Chiapas–, revientatripa; y los indígenas posh, boj, cusha o

barranco. El *spleen* de los caballeros de principios de siglo se curaba en los pabellones de los paseos y en las tertulias de casas solariegas; las frustraciones del pueblo en los traspatios y tapancos donde el licor se vende en jarro, y en los callejones ocultos de la feria, apenas a pico de botella. En una obra de teatro popular, *Loa del vicio, la virtud y la religión*, los parlamentos del indígena son discriminatorios para él y el local:

“Yo soy un indio huevón, / ni va a mise ni trabaje, / solo está en el chichería / zampándome mi brebaje”

Categorías sociales, calles y decires: “los que escupen por el colmillo” y visitan “los Estados” van al Club Americano, los “mengalos aperfumados” al Club Guatemala, en la séptima y octava avenidas; la chusma de los barrios bravos de la Candelaria y la Parroquia, “onde la mazacuata”. La marquesina alumbrada de foquitos sobre la puerta del Palace Hotel donde departían “los de pomada”; la pintura en colores chillantes junto a la puerta estrecha y la leyenda: “Alto, aquí nadie pasa sin saludar al Rey”, estanco para empleados públicos y maestrillos de “fundillo remendado”.

No quiero decir las cantinas de barrio fueran incómodas; véase si no en la voluntad de atender que mostraron los dueños de un establecimiento, cuyas instalaciones sanitarias no iban de acuerdo con la categoría de la calle céntrica en donde estaba situado.

“Buena cantina, de dos puertas, pusieron a principios del siglo pasado don Taco y doña Cunda, cerca del Calvario Viejo, en plena Calle Real. A pesar de ofrecer buenas boquitas, la clientela de los primeros días se les empezó a ir. Por querer aprovechar las instalaciones de la casa, cometieron el error de poner los baños en la antigua caballeriza circular, en los cajones de los animales, con tan mala pata que no les alcanzó el dinero para puertas ni cortinas, ¡y a nadie le gusta que lo vean!

Doña Cunda lo solucionó: como la cantina colinda con una morería donde alquilaban trajes del “Baile de la Conquista”, “Los doce pares de Francia” y de “Moros y Cristianos”, entró en sociedad con el propietario, quien proporcionó un cajón de máscaras viejas, que se alquilaban a dos lenes a los que iban adentro y según su gusto. Allí alternaban Carlo Magno o Pedro de Alvarado, algún mico y hasta un Astarote de los cuarenta diablos del Quiché, muy serios, mirándose de frente”.

El léxico de Carlos acepta que a cada oficio corresponda un lugar: cantina y albañil, cantinucha y barrendero, cuchitril y judicial. Su glosario abate páginas,

fue periodista, cajista de imprenta, fundador de una revista literaria generacional, diplomático, gestor de bombas ante militares mexicanos para defensa del gobierno revolucionario de Árbenz, exiliado impenitente, vendedor de joyas y casimires, pintor, librero –en cuya trastienda se bailaba los sábados con suficiente energía para ahuyentar la clientela–, catedrático, tallerista... Sin las perversiones del personaje de Asturias, pudo haber estado en el Tus-Tep la noche en que Miguel Cara de Ángel vigilaba desde el tugurio el secuestro de Camila Canales, y oírlo decir: “Fui director del instituto, director de un diario, diplomático, diputado, alcalde, y ahora, como si nada, jefe de una cuadrilla de malhechores... ¡Caramba lo que es la vida! ¡*That is the life in the tropic!*”

“Gozar una cantina es como tener varios empleos”, dijo Asturias. Él se formó en los callejones, entre consejos de la Parroquia Vieja, barrio donde también nació Carlos. El despertar del león les dice cosas a los dos.

Hasta poco antes del terror militar, los únicos espantos que acechaban las cantinas pobres eran los aparecidos, las almas en pena, los nahuales y “aquel que les conté”. Escritor de tiempos errantes, Asturias ha sido el único en el mundo al que se le apareció el Cadejo –chuchote negro, lanudo y colocho, ojos de brasa y lengua de tizón, castigador de los que pierden sus pasos en el vicio–, a las once de la mañana en la esquina de Insurgentes y Londres, en la ciudad de México. “Oí unos casquitos y voltié a ver, a medio tráfico venía siguiéndome el Cadejo”, contó alguna vez el Premio Nobel. Por su parte, el niño Illescas fue santiguado en la cuna por su madre, alertada por el paso del caballo fantasma que montaba “Pie de lana”, bandido en los albores del XIX, merodeador entre la Ermita del Cerrito del Carmen y la Pila de La Merced, donde La Llorona ahuyentaba a los noctámbulos. Durante mucho tiempo no se abrieron cantinas en el rumbo.

En busca de las hosterías y mesones donde bebió el bandolero, Illescas caminó cantinas-muros, cantinas-callejuelas, cantinas-puertas, y a la imagen de “Pie de lana” sumó el recuerdo de Neri Illescas, el tío abuelo, andarín leído y verseador, campeón de shotis en saraos de “medio pelo”, chancle y cabrón, capaz de tener casera en los 14 barrios de la capital, y de bailarse un tango con el cuchillo apretado en la faja del cinto, un Viernes Santo a las tres de la tarde.

A una cantina situada enfrente de la plaza del antiguo Teatro Colón entraron nuestras generaciones. Ocupaba la casa en donde viviera el más amado de los poetas guatemaltecos, José Batres Montúfar, con más de ciento cincuenta años de sobrevivir a homenajes y gacetillas oficiales. Su poesía, muchas veces agria, “lúcida y delicada hasta la amargura”, al decir de Cardoza y Aragón, flotaba en la casona.

Nuestra curiosidad recorrió los corredores en el patio interior en busca de pilares, baldosas, yedras y encalados, en pos de su sombra aguileña, ligeramente encorvada.

Debutamos allí en tiempos democráticos, Illescas durante la dictadura ubiquista, y las preguntas tuvieron que ser distintas. Nosotros buscamos un acento optimista, él la ironía lúcida, el escepticismo crítico, la antisolemnidad y la agudeza para enfrentar el medio represor. Al Covadonga entró a leer, más que a beber, en busca de clave para adivinar el ritmo de los versos “inconvenientes” que la familia enterró junto con el cadáver del poeta. Quizá la frustración de muchas páginas de la poesía guatemalteca provenga de no haber intentado descifrar el contenido de aquel bulto funerario, tomando el camino fácil de la versificación repetida, y de haber confundido la ironía con el sarcasmo, la agudeza con el juego de palabras. Illescas dejó que el aliento y no la sombra esquiva de Batres Montúfar le guiara la mano al escribir la *Epístola a Don Luis Cardoza y Aragón*: “A las Sénecas, no a los arlequines, los pasos seguiré por grado y tino, evitando imitar a los chapines.

¡Ah, los paisanos, Luis! Por el camino se pierden pronto, en juegos de (expresiones, calambures que valen un pepino.

Pero yo, hijo de duras contriciones, no seguiré sus huellas, aunque tiren de mi lengua tan locas aficiones.

Giren los astros, las estrellas giren mirando aquella patria ensangrentada; suspiren los patriotas y deliren mirando su bandera desgarrada, presos sus padres, muertos los hermanos, la honra de la patria mancillada!”

Del Teatro Colón subía la fila de cantinas en dirección al centro de la capital. Enrique Gómez Carrillo seguía afanoso el derrotero. Primero La Mundial, donde probó por primera vez el ajeno al salirse de una velada en la que arremetió abruptamente contra las letras nacionales. Acompañado de su tío José Tible, otro *dandy* rebelde, de quien adquirió cosmopolitismo, se encaminaba a la Sociedad Europea a comentar las novedades literarias llegadas de ultramar. Desdeñoso de las aulas, acudía a La casa de los espejos de la *Madam Sussane* –en cuyo tocador practicaba el idioma y el amor “a la francesa”–, matrona del grupo de *cocotes* que, entre estatuas de mármol, arbotantes y balaustradas, importó de Europa el presidente Reyna Barrios (en mundano antecedente de la “globalización” de nuestro tiempo).

Entre copas y proyectos acudieron al salón del Gran Hotel, a colaborar con Darío en la redacción del *Correo de la Tarde*. Años después, en su segunda y patética estancia guatemalteca, Darío amaneció una mañana enfermo y con el crédito cancelado por orden presidencial. Derrumbado física y espiritualmente

no había salido del lugar en días, acosado por poetastros y sableadores. Un periodista comentó: “Le jugaban la vuelta al portero, se metían a codazos a su cuarto a leerle pésimos versos y a que les pagara el trago”. Un adulator escribió en una tarjeta: “En esta mesa, sin *spleen* y sin hastío / la copa en alto está Rubén Darío”. Poco antes de huir de Guatemala, el poeta dijo premonitoriamente, desde la misma mesa: “Voy en busca del cementerio de mi país natal...”

Pocos poetas han descendido al infierno. Los “poetas malditos” bajaron por la escalera del ajenjo, el *hashish* y el opio. Tropical, pero infierno al fin, la vía escogida por Porfirio Barba Jacob fue el refino y la marihuana. De sus rondas por las callejuelas y barrancos de la Parroquia, Illescas nombraba dos fondines en donde el “trovador colombiano” clamaba sus tormentos: El escaño del Olimpo, por el rumbo del Callejón del Judío, y La soca de los moros, en la Calle de las Tunches; ésta duró poco tiempo porque allí mataron al “Libra de jeta”, un gavillero salvadoreño que asaltaba en el camino de tierra que salía al Oriente. Los pasos de Barba Jacob fueron imposibles para Carlos y para mí, apenas nos contentamos con el guaro, porque la marihuana la prohibió Stalin.

Una tarde que Barba Jacob emergió de seis días de sombra, fue despedido de la redacción de *El Imparcial* por el austero director Alejandro Córdova, no tanto por el terrible olor avinagrado que brotaba de su ropa desaliñada y del aliento, sino por su agresividad para con los intelectuales allí reunidos, a quienes espetó: “Para bardos Rubén Darío, ustedes`ni a poetas llegan, son pésimos liróforos”.

Carlos se quedó en México y ya no sintió el calor de las cantinas en las que se escribió parte de la historia contemporánea de Guatemala: Las Diamelas, donde un primer mandatario casi traslada la Casa Presidencial, el Costa Azul, de doña Licha, donde discutimos algunos puntos del realismo socialista del grupo Saker-Ti; ya no le tocó el Bar Madrid, ni El Real del vasco Hernanni, quien de “dos hostias” sacaba a los parroquianos molestos: “Ahora me doy cuenta qué fácil fue la Conquista”, decía. La última vez que platiqué con Arqueles Morales y Otto René Castillo fue allí, estaban Antonio Fernández Izaguirre y Rositas Hurtarte –poeta muy olvidada hoy en día–; recuerdo que hablamos de poesía “social”. Tono dijo algunas *Coplas del Juan Pueblo*, del salvadoreño Pedro Geoffroy Rivas.

En Guatemala, las cantinas son ahora poco propicias para hexámetros, octavas reales y el verso realmente libre. Matan fácil, y los años de represión y

violencia desataron las furias de la onomatopeya. Más de un cantinero desapareció con las aldeas arrasadas.

“A don Ranferí, el negocio de La Sampedranita le dio suficiente para vivir, hasta que en 1982 la situación se puso fea. En el pueblo se asentó un destacamento de kaibiles y a esos, cuando beben, nadie les puede decir nada. Don Ranfi ve que ya nadie llega, que los clientes se espantan y los hombres de las aldeas no bajan los domingos, no sea los agarren de reclutas los comisionados militares que son peores... Entonces don Ranfi se dice: “Yo lo estoy perdiendo todo, no me conviene servirle a los soldados, un día se embolan y me matan”, así piensa don Ranferí.

Entonces se puso a cortar tablas y preparó un mostrador desarmable, hizo unas mesitas de tijera, las sillitas plegables y un letrerito: La Sampedranita Caminera. Cerró el negocio fijo y se dedicó a llevar la cantina a las casas, donde lo alquilaban los que no querían perder la costumbre de aventarse sus farolazos fuera del hogar. Así, al menos se lo afiguraban.

Para donde lo llamaban iba con su carretilla o a mecapal, acompañado de su mujer y los patojos. Colgaba el letrerito en el corredor, y para hacer sentir la cantina ponía en la pared del cuarto algunos almanaques; si le pagaban extra regaba pino o aserrín en el piso, y si había electricidad conectaba una su bocina con espejitos.

En la cocina su mujer y su hija, los dos patojos a atender mesas y él preparando los tragos. En ese tiempo los cuques todavía se hacían los humildes cuando andaban de paisano.

Cuando Ríos Montt todo fue peor. Mandaron puro oficial de la otra religión, y quien beba trago es por comunista y lo menos que hacen los soldados es morongacearlo a uno; más de tres que estén juntos es prohibido, y quien se eche una su cerveza es por descreído.

A don Ranferí y su familia los desaparecieron en el camino a Ixhuitz. Se llevaron el caballo y el sonido, pero dejaron tirados los tanates y el letrerito. Después arriaron con los profesores y los catequistas.

Fue el tiempo en que nadie vino y todos se fueron...

Texto publicado en la revista cultural *La Ermita* N° 20 pp. 14-19.